

Bruselas, 1958, Saldo Negativo

I. Ellacuría, S. J.

Las naciones que concurrieron a la Exposición Internacional y Universal de Bruselas esperaban demasiados visitantes como para poder realizar una labor veraz y profunda. Siempre será el número el enemigo de la calidad y la hondura en casos como éste donde para alcanzar a los más es menester hallar un plano de coincidencia universal apto para todas las fortunas espirituales. Los expositores de Bruselas, supuesto que contaran con la suficiente capacidad para ello, no han sabido resistir a una doble tentación: la de fijarse primordialmente en el hombre de mirada sensitiva que tiene más pronta su máquina fotográfica que su inteligencia; y la de intentar un alarde propagandístico que les atrajese el mayor número de simpatizantes y seguidores dejando para mejor ocasión, para más solitaria y oculta ocasión, el enfrentar la situación nacional y mundial con siquiera suficiente veracidad, ultimidad y universalidad. Tal vez esto último no sea factible en una Exposición de esta índole, pero entonces no es justo adornarse con programas y proyectos fantásticos, con pretensiones, por ejemplo, de convertirse en un examen de momento presente. Presentación del momento presente, de las ilusiones, más bien, del momento presente, puede que la haya habido en Bruselas donde ni si quiera se han ofrecido los datos completos; pero examen, introspección, reflexión... Había demasiada gente para ello.

De ahí que un comentario de la Exposición le sea más fácil a una revista gráfica, repleta de imágenes y anécdotas que a un austero artículo dentro de una revista de cultura. Sin embargo la reflexión se impone porque de la anécdota y de la fotografía es posible y es urgente descubrir el significado y la transcendencia. Vamos a intentarlo.

El atomium como símbolo.

En un afán de representación simbólica, de señalamiento y permanencia, la Exposición tenida en París el año 1889 nos había dejado la tensa y alada osamenta de la torre Eiffel. En esa misma línea representativa la de Bruselas ha presentado la sorprendente — las agencias de turismo con sus reclamos incesantes han logrado disminuir la sorpresa— estructura del Atomium: sus nueve esferas de 18 metros de diámetro cada una, distantes entre sí veintinueve metros forman un conjunto cuya altura sobrepasa los cien metros. Por Europa corre el rumor, significativo rumor, de que Brasil va a colocar este artefacto en lugar preminente de su nueva capital.

Se ha escogido, pues, como símbolo de la exposición e, implícitamente, también del momento actual el problema y la exaltación del átomo que pretende dar nombre a una nueva época: la era atómica que va imponiéndose a la imaginación y sensibilidad de las gentes a través de las explosiones temerosas, de las audaces incursiones submarinas en las proximidades del polo, o del aprovechamiento de su potencialidad en la gigantesca producción de energía eléctrica en Siberia. Y esta elección cobra un significado especial dentro de una exposición que, como programa fundamental, obligaba a las naciones expositoras, alrededor de cincuenta, a "exponer" su singular aporte a un mundo mejor bajo el lema "la técnica al servicio del hombre" o, dentro de una formulación más abstracta: "técnica y humanismo".

Efectivamente en lo que representa el Atomium coinciden los afa-nes de la mayoría de las naciones expositoras, lo cual justifica que se le haya tomado como símbolo. Esto que puede considerarse como un hecho no puede constituirse en teoría y menos, en ideal, porque de otro modo se aniquilaría el valor más profundo del hombre y se apreciaría muy superficialmente el momento actual: el Atomium es el apogeo de la materia y de la técnica; si señala un avance del hombre no es en el sentido de lo específicamente humano sino del hombre en sus inmediatas realizaciones materiales y en su vinculación con lo corporal. Es indudable que las naciones necesitan hoy procurarse avances incesantes en el dominio de esa materia inicial que es el átomo so pena de quedarse relegadas a una perpetua minoría de edad y a una dependencia absoluta de los grupos más poderosos. El error y la desviación surgen cuando se piensa que lo exclusivo o lo primordial es el dominio de la energía residente en la materia en vista a una prepotencia internacional indiscutible, cuando, consecuentes con ello, se dedican los mejores esfuerzos al mundo de la técnica que se convierte inevitablemente en la práctica, al menos, en un fin que subordina a sí todo lo demás e imprime su huella en la dirección y en el pulso de la sociedad. Entonces resulta que el mundo de la técnica atezca más y más a los pueblos dentro de un materialismo uniforme cuya salida más obvia es el hedonismo. Sabemos que Rusia obliga a la mayoría de sus estudiantes a materias científicas y técnicas con menoscabo de otros valores superiores menos "efectivos", menos en consonancia con el progreso científico y técnico. Para poder competir con la Unión Soviética las naciones occidentales tendrán que imitarla en algún sentido situándose así en un nivel impropio de ellas, contrario a su tradición y a su concepción de la vida. El dilema es serio: o dedicación a la técnica con menoscabo de los valores humanos y espirituales, o rezagamiento y futuro sometimiento a las fuerzas materialistas. Ahí tenemos un problema capital del momento presente que la Exposición no ha planteado y que, por tanto, sólo lo ha resuelto muy superficialmente en favor de lo técnico.

Un articulista europeo asegura que el Atomium representa para el mundo nuevo lo que la Cruz representó para un mundo cristiano. Esta condenación tan brutal del mundo contemporáneo y próximamente futuros abrumadoramente significativa y refleja las insinuaciones anteriormente expuestas. Pero tal afirmación es superficial y falsa, pues los mejores hombres de nuestro mundo están aún contra ella como lo demuestran con el ejemplo de sus vidas a pesar de que deja sentirse una como corriente fatal que nos impulsa a ese abismo. Por eso achacábamos superficialidad y ligereza a la Exposición en cuanto conjunto y a su símbolo representativo el Atomium. Si hubiera sido posible su realización plás-

tica habría que haber buscado algo que reflejase la novedad de un mundo distinto que ha germinado en una crisis anterior e independiente del problema atómico, que si tiene como una de las incógnitas más sustantivas el ámbito de lo técnico concretizado en el átomo, cuenta asimismo con una inquietud dominante por la salvación y la autenticidad del hombre. Si el Atomium es el símbolo del momento no entendemos por qué se han de señalar diferencias entre el bloque occidental y el soviético, pues tanto los de un bando como los del contrario se arrodillarían ante él; pero si se dan diferencias, sustanciales diferencias entre la concepción de la vida, entre los propósitos últimos de las naciones y las culturas es claro que el Atomium no puede considerarse sino como símbolo inadecuado y superficial que no representa sino una material coincidencia en un estrato más aparente que real.

Los pabellones: el pabellón francés.

Bajo este signo se han aglomerado las naciones con afán de competencia y carácter de certamen. Singularmente Rusia y Francia en las que se nota de manera más explícita y particular un propósito de alarde propagandístico con la mira puesta en la propia afirmación. Es explicable: Rusia, la Unión Soviética, es la nación que avanza irresistible y necesita hacer sentir su presencia; Francia es la nación que, a pesar de sus títulos, va dejando de ser una de las grandes potencias, lo que busca paliarlo con un melancólico "todavía somos".

Puede considerarse el pabellón francés como el más característico de un grupo de naciones muy desarrolladas en el orden técnico tales como Inglaterra, Canadá, Checoslovaquia... La estructura audaz, llamativa, y el afán no sólo de renovación sino de novedad que preside las líneas arquitectónicas del pabellón francés vienen a recordarnos la presencia de un pueblo inquieto en busca de algo que le atraiga la admiración ajena y la persuasión propia de que marcha como abanderado del mundo cultural. Ahí también se percibe, como algo ya adquirido y compartido con las demás naciones, una concepción nueva si no de la belleza misma, al menos de los medios de expresarla y de su relación con el conjunto de la vida: un sentido funcional y una atención firme a la economía de materiales y detalles superfluos reflejan la persuasión actual de que el arte y la belleza no son un suplemento accesorio, añadidos a una estructura fundamental sino un elemento capital que debe desprenderse del manejo artístico y vital de los mismos medios con que se trabaja. La máquina y el espíritu técnico son factores importantes en la estructuración del nuevo sentido artístico.

El contenido del pabellón francés se esfuerza teóricamente en sostener los dos extremos del tema específico de la Exposición: técnica y humanismo. Presenta una serie de realizaciones técnicas en la industria, en el comercio, en la agricultura y artesanía habiendo seleccionado aquellos objetos de los que es productor privilegiado o, al menos, notable; intenta asimismo ofrecer la vida cotidiana de un francés común; y, finalmente, presta notoria atención a la vida del espíritu. En abigarrado conjunto sin perdonar aspecto ni detalle que pueda tener algún valor se presenta al visitante una serie abrumadora de realizaciones que es imposible asimilar o valorar: materiales y elementos de construcción, la industria en toda su variedad con atención particular a la explotación de la energía atómica, todo el complejo de las comunicaciones; proceso de la educación

francesa, resultados de su propia investigación, realizaciones de sus hombres más señalados... Más de 2.000 expositores franceses cuidadosamente seleccionados se esfuerzan en decirle al mundo el dinamismo y la potencia de la producción francesa: han querido convencernos de que ellos tienen de todo o, al menos, llevarnos a tal conclusión mostrando todo lo mejor que tienen. Están las partes, todas las partes y, además, están ordenadas; pero falta el "todo", la unidad orgánica y profunda, el pensamiento directriz que se haya enfrentado valientemente, realísticamente con el profundo sentido de la problemática actual del hombre enfrentado al coloso de la técnica y lanzado a un mundo en el que la jerarquía de los pueblos viene dada por factores ajerárquicos. Una vez más se pierde en la especialización creciente, multiplicada incesantemente, el sentido de lo humano como totalidad unitaria que debe jerarquizar y asimilar las partes; hay progreso, increíble progreso, pero la medida total queda cada vez más imposibilitada. No hay claridad suficiente sobre los fines y, consecuentemente, sobre la dirección fundamental que debe seguirse: la impresión fundamental es que el hombre de hoy en lo que pueda tener de específicamente nuevo está todavía haciéndose, experimentando todo lo que se le ocurre para deducir por triunfos y fracasos lo que más cree convenirle. Y éste hacerse oscuro y desorientado se nos va a dar después como teoría e ideal sin que se perciba por parte alguna una concepción teórica del hombre que vaya realizándose en el quehacer cotidiano dirigido e iluminado por un pensamiento y una doctrina claros y fundamentales.

Se podía esperar encontrarlos en la sección dedicada al Pensamiento francés, pero parece ser que la exposición como tal es enemiga del pensamiento. Los franceses muy conformes a su tradición y a su índole nos muestran muy ordenada y lógicamente con suficiente claridad lo que tienen de bueno y lo que van realizando; pero falta una interpretación profunda que partiendo de un núcleo originario vaya desarrollando y dirigiendo las consecuencias y los efectos con cierto carácter de inmanencia: están las partes, falta el espíritu que, más allá de una apariencia de orden les pueda proporcionar un orden verdadero, una organicidad viva.

Con todo sí parece una toma de posición en la tarea educativa frente al problema "técnica y humanismo". La técnica es necesaria como autoafirmación y defensa tanto frente al mundo físico como frente al político, además de suponer un medio óptimo de aumentar las posibilidades humanas y elevar el nivel de vida de un mayor número de gentes; pero es menester contrabalancear la educación técnica con una formación más completa, más específicamente humana. Así se nos dice que en toda la orientación educacional francesa se busca el desarrollo de la solidaridad y fraternidad entre los alumnos, se pretende una cultura general previa como medio de romper los efectos deformadores de la especialización, se tiene como lema "**donner aux enfants cette ouverture sur la vie que commande l'évolution du monde moderne**", se incita a complementar la educación escolar en museos, bibliotecas, viajes, clubs, de modo que aumente el contacto con la realidad y se fomente en el ciudadano la conciencia de su situación real en un ambiente de libertad y democracia. De Dios ni una palabra en el plan de la enseñanza oficial francesa.

El pabellón ruso.

Frente a la audacia del pabellón francés simbolizado en la gigan-

tesca flecha de 63 metros que sirve a la vez de fuerza equilibradora y adorno sugerente, se alza la mole clásica de la construcción rusa fiel en el conjunto y en los detalles al pensamiento de Lenin: **"El arte pertenece al pueblo"**. Allí, diríamos con redundancia paralela a la del pabellón, se atiende "masivamente" a la "masa" en un alarde que pretende impresionar a la mayoría con la presentación de una idea muy simple y clara desarrollada por todos los medios posibles: la energía, el vigor ascensional irresistible que ha proporcionado a un pueblo hace cuarenta años tan a la zaga, la ideología y la acción del partido comunista.

La Unión Soviética o la eficiencia. Ellos lo saben; no cesan de repetir que su sistema ha logrado en cuarenta años las metas cuyo alcance ha supuesto siglo y medio a las democracias occidentales. Presentan públicamente números a la discusión mundial: de cada 100 toneladas del hierro fundido en el mundo, 17 lo son en los Altos Hornos soviéticos; de cada 100 tractores, 30 salen de las fábricas soviéticas; en tres años se han roturado y sembrado en la estepa 36 millones de hectáreas, extensión igual a la dedicada al cultivo de cereales en Francia, Italia, Alemania Occidental, Austria, Bélgica, Holanda, España y Suecia; han hecho desaparecer el analfabetismo, forman un número mucho mayor de ingenieros y técnicos que los mismos Estados Unidos... Han logrado en su pabellón hacer sentir impresionantemente que avanzan a un ritmo superior al de cualquier otra nación; que no están dispuestos a moderar su paso para regocijarse en sus triunfos. Desde el primer plan quinquenal de Stalin se ha venido trabajando inexorablemente bajo la convicción de que el comunismo no se apoderará del mundo entero hasta que la Unión Soviética se convierta en la nación más poderosa; hay en unos cuantos hombres eficaces una voluntad de dominio, de sometimiento de todo y de todos al partido, una decisión inquebrantable para ir lúcida y metódicamente a la consecución de sus fines que obligan a meditaciones muy serias sobre ese fenómeno de la propagación increíble y de la eficacia insospechada de una acción humana. Probablemente ninguna otra dictadura, ningún otro régimen, partido o ideología puede compararse con el fenómeno soviético respecto a la eficiencia.

Ante estos hechos tal como se presentan en Bruselas caben dos posiciones inadecuadas: la de una admiración sin límites que no repare en los medios empleados por el comunismo para el logro de sus proyectos ni en las limitaciones fundamentales que su conducta supone para la vida humana; y la de un repudio fácil que o no admite los hechos atribuyéndolos a propaganda o los desvaloriza con explicaciones superficiales. Contra unos y contra otros es menester recalcar una postura de constante preocupación ante la advertencia que supone el fenómeno comunista soviético; es urgente asimismo recapacitar y sentir en la propia vida el constante crimen de lesa humanidad cuyas víctimas a lo largo de estos últimos cuarenta y tantos años forman legión: se ha eliminado a todo aquél que pudiera ofrecer alguna resistencia, se ha sometido al pueblo a un régimen de terror, se ha menospreciado todo respeto a los derechos humanos de libertad y de vida, se ha materializado al individuo circunscribiéndolo a este mundo y en él dentro de un área exclusivamente material, se han aprovechado los servicios de innumerables espías y saboteadores traidores a sus propias patrias en aras de la Unión Soviética... Pero también es urgente recapacitar sobre la energía y el fanatismo, la constancia y el denuedo, la fidelidad y la audacia, la obediencia y la tenacidad que en unos cuantos hombres sinceros ha despertado el ideal de

la redención del proletariado. El tema es excesivamente amplio como para pretender desflorarlo aquí; baste con esta llamada de atención que tan vibrantemente se ha escuchado en Bruselas y que suscita tantos puntos de meditación.

El pabellón de los EE. UU.

Muchos esperaban una respuesta contundente por parte de los Estados Unidos, pero éstos en un gesto no sabemos si señorial o ingenuo se han permitido el lujo de evitar todo alarde en la presentación de sus grandezas tanto en el orden científico como en el industrial. Cuando la misma Unión Soviética confiesa en su propaganda **"que en la producción de importantes artículos vamos todavía a la zaga de los Estados Unidos"**, los norteamericanos podían dar por supuesta su superioridad. Hay en su posición un tanto de ironía frente a la esforzada seriedad de los soviéticos; el que ironiza está en algún sentido por encima pero en su actitud lleva un germen de debilidad: si los soviéticos pueden estallar por la inhumanidad de su ritmo, los occidentales pueden resquebrajarse y desmoronarse por la debilidad de sus actitudes fundamentales.

Bajo su enorme edificio circular con 364 metros de circunferencia en un ambiente lleno de luz y color, de holgura y alegría los norteamericanos han ofrecido los aspectos brillantes y atrayentes de su vida en la que cualquiera puede gozar de bienestar, diversiones, entretenimientos, donde se hace de la tierra un paraíso en que libre y democráticamente por decantación natural cada ciudadano encuentra el puesto correspondiente a sus capacidades y esfuerzo dentro de un nivel para todos aceptable. Modas, playas, jardines, calles, restaurantes, espectáculos... Habría que preguntarse si la mayoría de los norteamericanos y, más acerdamente, quienes representan el mejor sentir norteamericano están conformes con tal presentación de su pueblo. ¿Supone un encomiable ideal de vida el expuesto en el pabellón norteamericano? ¿No poseen los yanquis otros valores, otras pretensiones últimas de mayor profundidad y seriedad? Significativamente *Paris Match* en el número dedicado a la exposición titula una de sus partes: **Chez les Américains mot d'ordre: relaxe.** Claro que tras ese ambiente de ligereza vacua, de facilidad, de abundancia que es lo que emboya y arrastra a las gentes ligeras, carentes de todo contenido serio en sus vidas, se da, tiene que darse, una seriedad y un conjunto de virtudes individuales y cívicas dignas de admiración y asimilación. Pero en la Exposición no han sido señaladas; de ahí que su postura en Bruselas difícilmente pueda encontrar admiradores entre quienes piensan que la vida es una tarea fundamentalmente seria que debe trascender las horas de incitaciones externas a una alegría, a un entretenimiento pasajeros.

Si ante el pabellón soviético meditábamos sobre la aniquilación del individuo sometido a un partido político que cuenta con un ideal de humanismo que es no sólo en sus medios sino también en sus fines una negación de la auténtica medida del hombre; si allí pasábamos revista al cúmulo de terrorismo e inhumanidad impuesto al propio pueblo soviético y a los países que han caído bajo la dominación del comunismo internacional; si se nos venía a la memoria el sangriento historial de la GPU y de las checas, la macabra historia de Hungría con el epílogo imprevisto de la sangre de Nagy, la mendaz y páfida conducta traidora y criminal del comunismo en China... ante el pabellón norteamericano

es preciso también formular reservas muy serias por el peligro de empequeñecimiento, de superficialización y ligereza que supone para el hombre una vida sin más ideal o transcendencia que el gozar aquí y pronto de los resultados del propio esfuerzo. Los rusos se llevarán tras sí muchos admiradores entre los pueblos subdesarrollados y entre las clases proletarias que ven en la disciplina soviética, en la actitud socialista la única forma de elevar su nivel de vida; que mediten esos pueblos en la constante peregrinación de varios millones de alemanes que en el espacio de estos últimos años van abandonando la Alemania oriental dominada por los soviéticos. Los norteamericanos también contarán con muchos seguidores; en realidad están imponiendo un nuevo estilo de vida a través de sus películas y de sus dólares principalmente entre los estratos pudientes de la sociedad que no se fijan sino en lo fácil y atractivo sin atender a las fatales consecuencias que les acarrea ese contacto mentiroso. Tampoco entre ellos se encuentra un ideal adecuado de humanismo, pues no han podido todavía juntar a la potencia económica, científica y bélica que les coloca políticamente a la cabeza de la Humanidad una suficiente potencia de pensamiento y de conducta como para constituirse en ideal del hombre nuevo.

El pabellón de la Iglesia.

A la Exposición le ha faltado pensamiento, orientación filosófica. Se la ha concebido generalmente como un reclamo sensitivo y propagandístico que oscurece las líneas intelectuales y superficializa las situaciones reales al no dar de ella sino aspectos positivos y brillantes. Ha habido, con todo, un pabellón que ha sobrepasado ese nivel juzgando que también coopera a la felicidad del mundo y a su mejoramiento quien plantea la realidad presente y quien proyecta una solución espiritual por más que no esté respaldada por efectos industriales como los señalados por otros. Ese pabellón es el del Vaticano.

El pabellón del Vaticano no está consagrado a la exaltación de un estado, pueblo o forma de gobierno; ni está tampoco concebido como una alabanza sin restricciones al hombre de hoy con sus sorprendentes realizaciones. No que le falte amor a lo humano o a lo actual, pero es un amor alejado de devaneos y mentiras, radicado en sinceridad y veracidad profunda desde el punto de mira tan humano y tan divino de Jesucristo a través de la Iglesia. Los cristianos tenemos que bendecir la decisión con que se ha presentado la Iglesia en esta Exposición donde los colosos de este mundo iban a hacer alarde de su riqueza y poderío; hubiera sido más cómodo no haberse puesto en parangón público bajo el pretexto de evitar una mundanización de lo cristiano evitando así el esfuerzo, gigantesco esfuerzo que implica el dar expresión actual a lo permanente y tantas veces repetido, y el intentar en la manifestación externa algo que realmente comunique el contenido cristiano. El esfuerzo no ha quedado fallido, pues el resultado en ningún aspecto desentona del conjunto y en varios otros significativos ampliamente lo supera. La Iglesia se ha hecho presente, se ha encarnado en el mundo de la Exposición sin perder su perfil y su esencia, sin mundanizarse. Se le había concedido a su pabellón un rango y un lugar preeminentes junto a Estados Unidos, Francia y Rusia donde la gente se arremolina en mayor número; simbólicamente se ha aceptado esa presencia y ese contacto pero con el recato de un muro dis-

creto que señala el carácter distinto, no bullicioso de su posición. Dentro del mundo pero separada de él para que la sal pueda cumplir con su oficio sin desvirtuar su ser.

Es difícil encontrar el grado y el matiz justos desde donde se alcance a conocer y juzgar al hombre y su mundo con la intención de salvarlo: con ellos pero sin perderse en ellos dentro de un relativismo donde la falta de un horizonte adecuado convierte en medida e ideal "lo que se va siendo". Es preciso apartarse para meditar en soledad las vivencias que el contacto y la presencia han multiplicado. Esta actitud de meditación simboliza la famosa escultura de Rodin "El Pensador" colocada a las puertas del Pabellón: un tema tan importante como el propuesto en la Exposición necesitaba de un tiempo de reposo y de intenso pensamiento, un lugar de sosiego sin exaltaciones externas. No un pensamiento cualquiera dedicado a imaginar la mejor presentación posible y el mayor margen de propaganda sino uno libre, profundo, teórico para dar con la visión entera, radical del hombre en un esfuerzo concentrado y sin prisas para no actuar ciegamente sin más luz que la acción misma. No es esta la primera vez en la historia ni en el momento presente en la que se ha tomado la Iglesia el quehacer de salvaguardar las verdaderas y profundas actitudes humanísticas, los auténticos valores humanos; al grupo director y realizador en este caso concreto hay que agradecer no sólo el que hayan pensado sino el que hayan lanzado una llamada de atención vigorosa a quienes pretenden pasar su vida sin pensar. Y esto no en un orden formalista y abstracto a través de ideas carentes de contenido o apartadas de la realidad contemporánea; se trata, al contrario, de un pensamiento cálido, vital que introduce al hombre entero en el contacto reflexivo con su propia realidad y la que le circunda. Como se siente el dolor ajeno se siente aquí con toda proximidad el contacto inteligente con la realidad.

Pretendía la Exposición ser un alarde de optimismos y realizaciones; pero era éste un enfoque parcial y equívoco, si es que se intenta verazmente la felicidad y la plenitud del hombre, que debe ser corregido para evitar el desvío en el mismo planteamiento. No es de ninguna manera cierto que seguimos un óptimo sendero por el que no resta sino avanzar cada vez con menos trabajo y más diversión; se recuerda aquí que el desarrollo del espíritu técnico entendido como un mayor dominio y aprovechamiento de la materia no es un fin en sí mismo ni siquiera un medio que carezca de peligro y pueda ser manipulado sin consideración y prudencia. Dentro de la tónica alumbrada por El Pensador de Rodin que invita a pensar poniendo vida en el pensamiento y pensamiento en la vida se nos muestra en unos montajes sugestivos e impresionantes, plenos de realismo intenso y eficaz los lados dolorosos y negativos de nuestro mundo: miseria de tantos hombres, dolor de las guerras, campos de concentración, debilidad y sufrimiento del hombre... junto con las posibilidades de la técnica. Los medios expresivos son los del pensamiento, el arte y la caridad; por eso es el más humano y artístico de los pabellones.

Al hombre actual poderoso como un "robot" infernal, pero como un "robot" carente de iniciativa personal, de espíritu y de conciencia, hombre de grandes posibilidades e increíbles peligros, hombre hecho cada vez más de tierra, la Iglesia pretende, ante todo, darle conciencia de su ser auténtico, de su dignidad y grandeza personal tal como se traslucen en la mente divina. Para ello le enfrenta a través de una gran pintura mural,

abstracta pero muy significativa e impresionante con la creación del hombre por Dios; largamente se expone después la elevación de ese hombre a través de Jesucristo y la Iglesia.

No se puede en breves líneas trazar más que el esquema general y el significado fundamental, pero merece la pena hacer notar someramente la tónica general del arte plenamente moderno con que el conjunto y los detalles han sido realizados. Como escribe Don Samuel Stehman, director de Art d'Eglise **"en el pabellón y en la Iglesia de Civitas Dei... no hay que esperar una especie de manifiesto del arte sagrado contemporáneo, sino una coincidencia de intentos y de tendencias"**. Se aprecian en el conjunto **"una vitalidad que justifica la esperanza"**, **"es un resumen de tentativas actuales"**. También los cristianos nos hemos puesto a la altura de los tiempos con unas formas que si a los puristas y a los que entienden el realismo como sensualismo, como captación incapaz de romper la barrera del sentido, les escandalizan, a más profundos captadores del arte y del momento presente les llena el alma de emocionadas reflexiones.

Este es a grandes rasgos el horizonte de Bruselas. Tal vez todos pedíamos más de la Exposición sin percatarnos de lo que una manifestación de esta clase puede alcanzar. Juzgar al mundo por esta Universal e Internacional Exposición o a las naciones por la mayor felicidad o infelicidad de sus pabellones sería injusto y equivocado; como tampoco sería acertado desvalorizar cualquier significado que pueda desprenderse de Bruselas 1958. Entre ambos extremos pretenden balancearse estas líneas más bien pesimistas sobre un mundo que al presente va más orientado hacia la dispersión superficial que trae consigo el cultivo de lo material que a la profunda unidad propia del espíritu.

